

característiques constructives que ultrapassaria el s. II d.C.

Com a conclusió es pot dir que l'excavació de Francesc Macià, malgrat les tèrboles circumstàncies que l'envoltaren, ofereix una petita i novedosa aportació a la història d'Ilerda. El buit existent entre les escassíssimes hispàniques tardanes de la plaça Sant Joan (la Banqueta 1985, 22) i el conjunt de ceràmiques del s. IV de la Paeria (DD.AA. 1983, 67) ve mitigat per les importacions de vaixel·la nord-africana del conjunt estudiat i el segle III d.C., que hom considera crític pel que fa al desenvolupament urbà de la ciutat (DD.AA. 1983, 72), compta des d'ara amb noves dades per al seu estudi.

Teresa Reyes
Provença, 470-472
08025 Barcelona

José Medina
Besós, 5
25001 Lleida

Annex

Herma en marmol hallada en Francesc Macià 37-41

Arturo Pérez

Como recordaba Serra Ràfols hace más de cuarenta años (SERRA RAFOLS 1947, 76), en 1900 Pierre Paris había hecho hincapié en la abundancia de *hermae* que había observado en sus viajes por los museos de España (PARIS 1900, 130 ss.). Diez años después varias de estas piezas de los museos de Valencia, Tarragona y Barcelona eran incluidas por Albertini en su estudio sobre las esculturas del *conventus Tarraconensis* (ALBERTINI 1911-1912, núms. 27, 28, 70, 71, 72, 76, 78, 219, 220, 224, 226, 227). Sin embargo hasta la década de los cuarenta no aparecieron los dos primeros estudios monográficos. Estos se centraron en las piezas depositadas en los museos de Córdoba y Barcelona (DE LOS SANTOS 1945, 49 i ss.; SERRA RAFOLS 1947, 76 ss), las cuales en buena parte —veinte en concreto—, fueron recogidas en la síntesis de escultura romana peninsular de García y Bellido (GARCÍA Y BELLIDO 1949, 433). Desde entonces la nómina de hallazgos y nuevos estudios ha ido aumentando considerablemente dando la razón a la apreciación de Pierre Paris. Juzgamos conveniente destacar un hecho: la distribución de estas pequeñas piezas, —sólo excepcionalmente las hubo grandes—, hasta este momento se limita a las Baleares (BALIL 1981, núm. 63), la franja costera mediterránea peninsular y al valle del Guadalquivir, desconociéndose hallazgos en el interior y en la costa atlántica. En este sentido, la pieza ilerdense de la que trataremos es, que sepamos, la localizada más al interior de la franja este peninsular; no obstante conviene recordar que desde el inicio de la presencia romana estas tierras participan del mismo ambiente arqueológico que las costeras y por tanto el hallazgo se encuentra dentro de lo normal. Es sin embargo muy probable, vista su abundancia especialmente en el Mediterráneo occidental, que la ausencia en otros lugares peninsulares se deba al azar, bien que pudieran no ser tan frecuentes como corresponde-

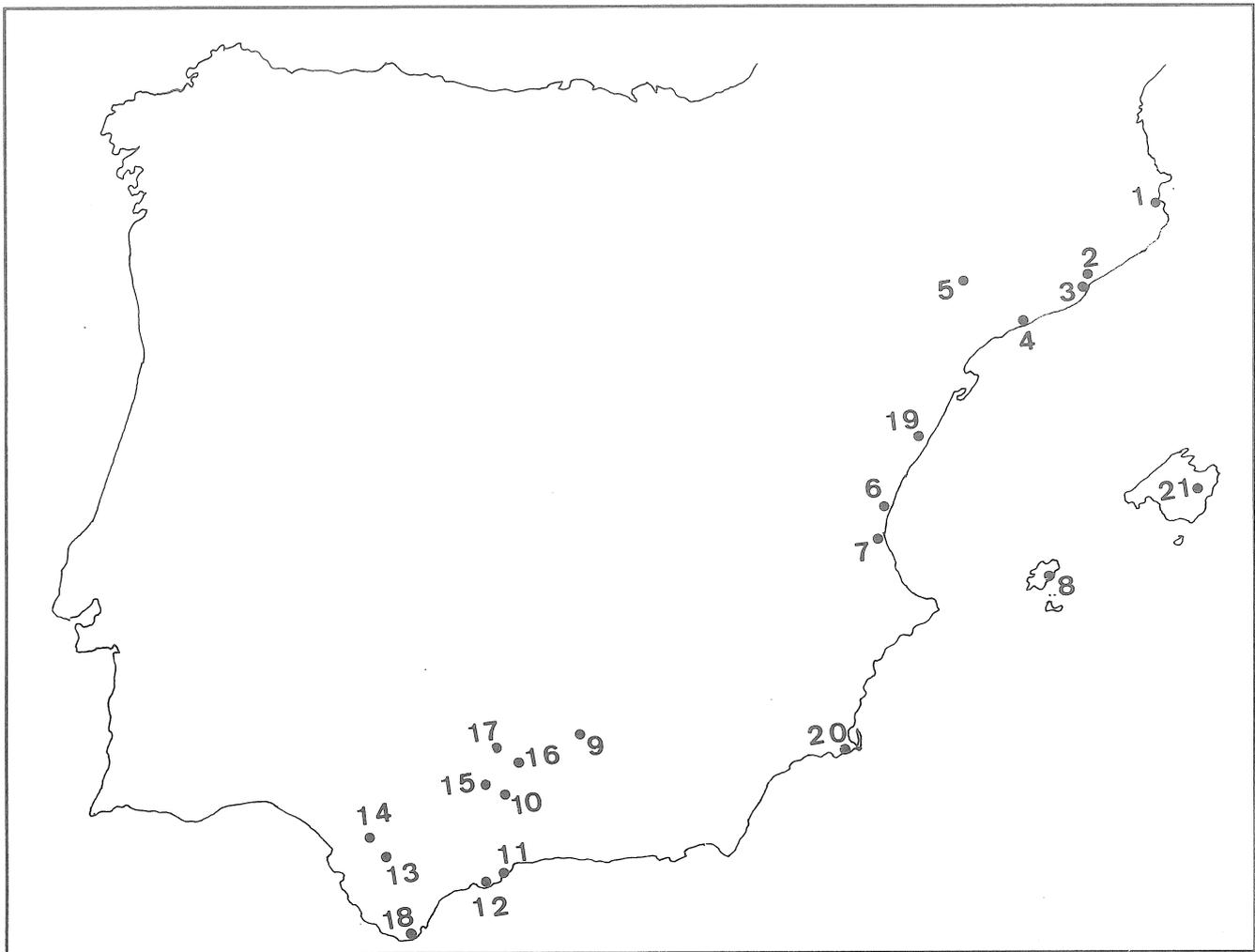


Fig. 1. - Situación de los hallazgos de *hermae* en Hispania: 1. Empúries. - 2. Sentromà. - 3. ¿Barcelona?. - 4. Tarragona. - 5. Lleida. - 6. Sagunto. - 7. Turis. - 8. Santa Eulalia del Río. - 9. Jaén. - 10. Archidona. - 11. Fuengirola. - 12. Manilva. - 13. Arcos de la Frontera. - 14. Jerez de la Frontera. - 15. Antequera. - 16. Nueva Carteya. - 17. Córdoba. - 18. San Roque. - 19. Rosell. - 20. Cartagena. - 21. Manacor.

ría a una zona demográficamente menos intensa como es el interior o menos romanizada como es la franja atlántica en buena parte. Además, la distribución que hoy conocemos puede ser engañosa, por cuanto de buen número de piezas del museo de Barcelona se ignora su procedencia que pudiera incluso ser extrapeninsular (SERRA RAFOLS 1947, 76). Como es sabido, este tipo de esculturas domésticas adornaban jardines, peristilos y otros lugares de habitación, aunque con menos frecuencia podía también encontrarse en lugares públicos, como las que decoraban el teatro de Cirene por ejemplo (PARIBENI 1959, 131, núm. 370). Tienen una historia larga y un antecedente no exclusivamente doméstico: los ejemplares más antiguos se retrotraen en torno al año 520 a.C. (MINGAZZINI 1960, 420). Se trata de los *hermai* griegos, consistentes en pilares cuadrangulares en los que sólo aparecían representados los genitales, rematados con la cabeza barbada de la divinidad; se situaban preferentemente en los caminos con simbología protectora y apotropáica (RODRÍGUEZ OLIVA 1978, 65). A ellos se refirió ya Winckelmann en 1764: “Los griegos llamaban a las piedras cuadrangulares que no tenían de figura

humana más que la cabeza hermes, denominación conservada constantemente por los artistas. También se pretende que estos monumentos burdos, también llamados *termes*, llevaban el nombre de hermes porque fue a Mercurio a quien en primer lugar fueron dedicados”. (WINCKELMANN 1989, 45). Con clara influencia helenística pasaron al mundo romano donde tuvieron gran éxito, pero como vemos cambió su carácter al convertirse en objetos de adorno en viviendas particulares, cambio que también lo fue en la personalidad representada. Persistió su carácter de protección, y en este sentido hemos quizás de interpretar lo que parece ser una frase hecha cuando en el *Satiricón*, Trimalción se refiere a un brazalete que hizo confeccionar con los *milésimos de Mercurio* (Sat. 67) aludiendo a las ofrendas que se depositaban, en las encrucijadas aún, a Mercurio y que más tarde pasó a designar una ganancia inesperada y sospechosa (RODRÍGUEZ SANTIDRIÁN 1987, 110), aunque también se le ha interpretado como la contribución del 1/10 por cien impuesta a las ganancias de los comerciantes. Como fuere, los *hermae* romanos son bifrontes, y más abundantemente con la parte trasera lisa,

como es nuestro caso, lo que en ocasiones servía para ser aplicados en diversas construcciones.

Nuestra pieza presenta la peculiaridad, frente a lo que es corriente, de proceder de una excavación bien realizada, dentro de la modestia del espacio investigado, y concretamente de un nivel bien fechado: siglo II o, como mucho, inicios del III. Y es precisamente en el siglo II cuando se fechan la mayor parte de los ejemplares conocidos en *Hispania*. De mármol blanco, está realizada a partir de un bloque rectangular, mide 15 cm de altura y 9 cm de ancho. Aparece muy desgastada, pero al mismo tiempo realizada con poca precisión en el detalle, lo que se traduce en unos rasgos anatómicos enérgicos. Representa a un personaje masculino imberbe con la cuenca de los ojos muy hundida, los ojos apenas insinuados, la barbilla dividida por un canal, la nariz rota, la boca ostensiblemente abierta, y en el cuello, la nuez marcada. Aparece tocado por lo que parece un casco (no parece tratarse de un *petasos* con el ala apenas insinuada) con sendas ínfulas mejor que yugulares y sobrenuca que le caen sobre los hombros. Realmente, lo que se distingue son la *vittae* o partes de la ínfula que caen sobre los hombros tras las orejas (estas por cierto prácticamente desaparecidas en nuestra pieza); puede que no se tratara de una ínfula ortodoxa, pero éstas ya en el Imperio habían perdido su carácter original de símbolo de consagración a la divinidad e inviolabilidad religiosa y lo llevaran como motivo decorativo —aunque no exento de sentido religioso—, altos dignatarios (FOUGÈRES 1899, 515-516). En la parte superior, dos prominencias también gastadas que pudieran interpretarse como el inicio de unos cuernos, pero que visto el conjunto creemos que se trata del inicio de dos alas desaparecidas: ello significaría que nos encontramos ante la representación de un Mercurio, precisamente el Hermes griego como es sabido, que si bien aparece representado con el característico *petasos* de viajero, no pocas veces lo hace con el casco alado (FALCÓN et alii 1980, 325). Además sabemos por una noticia que no hemos podido contrastar (ENC. UN. t. 34, s/f), de la existencia de una estatua de Mercurio hallada en Casal-Comba, Mealhada (Beira, Portugal) con *petasos* e ínfulas, lo que hace que la presencia de estas últimas en nuestra pieza no constituya un impedimento para la identificación propuesta. Hasta cierto punto, por lo infrecuente, resulta original la representación de Mercurio entre los *hermae*. Ciertamente hay otros ejemplos (RODRÍGUEZ OLIVA 1988, 223), pero en el mundo romano es más frecuente que, salvo excepciones en que se representa a Zeus, Poseidón o Hércules (SERRA RAFOLS 1947, VIII, 81; NY CARLSBERG 1907, 267), incluso a Zeus Amón (LECLANT 1983), los representados sean personajes del cortejo dionisíaco cuando no se trata del propio Dionisos-Baco (RODRÍGUEZ OLIVA 1979, 258 ss). Así, nos aparece frecuentemente barbudo que es probablemente la representación

más abundante (Barcelona, Jerez, Arcos de la Frontera, Ampurias, Carteia, Manacor; véase SERRA RAFOLS 1947; ESTEVE 1971; SANTERO-PERDIGONES 1975; ALMAGRO 1953, RODRÍGUEZ OLIVA 1988 i VENY 1961, 20b; o también joven e imberbe generalmente coronado con guirnaldas (Barcelona, Córdoba, Ibiza, Antequera, Rosell; véase SERRA RAFOLS 1947; DE LOS SANTOS 1945; BALIL 1981; Id., 1985, 10; ATENCIA 1988, 80; BORRÁS 1982-1983). Es frecuente, dentro de la representación de personajes del cortejo, encontrar a Silenio (RODRÍGUEZ OLIVA 1978) o Pan (GUITART 1974).



Fig. 2. - Herma de Ilerda.

Que sepamos, la nuestra sería la primera representación de Mercurio entre los *hermae* peninsulares, pero esta ausencia de paralelos concretos no impide hallarlos para sus líneas esenciales, dada la uniformidad en cuanto a su concepción de este tipo de esculturas. A este respecto, nos sirve por ejemplo una pieza de Aquileia, cuya fuente de inspiración debió ser, como en nuestro caso, un prototipo helenístico, pues aunque se trata de un Dionisos imberbe (SANTA MARIA SCRINARI 1972, 93, núm. 271), su largo cabello cae a los lados exactamente de la misma forma que en el nuestro caen las ínfulas, y si en nuestro caso en la parte superior aparece el arranque de dos alas, en el mismo lugar

el ejemplar de Aquileia presenta dos adornos vegetales. En realidad los ejemplos comparables podrían ser múltiples. La pieza a que nos referíamos se fecha en época de los Antoninos, es decir en el siglo II, siglo en que como antes decíamos se datan la mayor parte de los ejemplares hallados en España. Sólo unos pocos corresponden al siglo anterior, y uno sólo, que sepamos, se lleva a inicios del siglo V (GUITART 1974). Pudiera pues pensarse que habiéndose localizado en unos niveles del siglo II (quizás finales), en éste habríamos de datarlo. Sin embargo lo gastado de la pieza, que contrasta con el perfecto estado de la cerámica hallada en los mismos niveles, hace que pensemos en una mayor antigüedad, siglo I probablemente o quizás inicios del propio II.

Por lo demás, es perfectamente ortodoxo en cuanto a las características comunes de este tipo de esculturas: está realizada en mármol (raramente lo son en otra piedra como la caliza; SANTERO-PERDIGONES, 1975), y sus medidas se adaptan bien a lo normal: salvo un caso, del museo de Barcelona, en el que llega a una altura de 32,5 cm, lo usual es que no alcancen más de 20 cm y no bajen de los 14 cm aunque los haya de 10 cm e incluso menos.

Desde luego no nos encontramos ante una pieza de primera fila ni mucho menos, pero dada la penuria de restos escultóricos de la *Ilerda* romana, el hallazgo adquiere un valor especial que en cualquier caso aumenta al ser la primera escultura en piedra recuperada en una excavación científica en la ciudad.